

San León Magno

De la Ascensión del Señor.

Misterios encerrados en la Ascensión del Señor Los cuarenta días sirvieron para confirmar a los apóstoles y la duda de estos ha sido provechosa para nosotros. Bienes de la presente festividad (Segunda dominica después de Pascua y día de la Ascensión).

Hoy, carísimos, se ha cumplido el número de los cuarenta días sagrados, que han transcurrido después de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo, con la cual el poder divino restableció en tres días el verdadero templo que la impiedad judía había destruido. Este número de días lo señaló la Providencia santísima para provecho y enseñanza nuestra, para que al prolongarse en este tiempo la presencia corporal del Señor se afirmase la fe en la resurrección con las pruebas necesarias. La muerte de Cristo había turbado sobre manera los corazones de los discípulos, y como sus pensamientos estuvieran entristecidos por el suplicio de la cruz, por la muerte y la sepultura, cierta especie de desconfianza se había apoderado de ellos. Pues las mismas palabras de las santas mujeres, como nos declara la historia evangélica al anunciar que la piedra del sepulcro esta rodada, el cuerpo fuera del sepulcro y los ángeles testigos de que el Señor vivía, fueron tenidas por los Apóstoles y demás discípulos como algo parecido a sueños. La cual duda, producto de la humana debilidad, nunca hubiera permitido el Espíritu de la verdad que se adueñase del pecho de sus predicadores si aquella misma preocupación y curiosa indecisión no hubiera levantado los cimientos de nuestra fe. Se tendía a curar nuestras perturbaciones y nuestros peligros en los Apóstoles; nosotros mismos éramos instruidos en aquellos varones contra las calumnias de los impíos y contra los argumentos de la terrena sabiduría. Lo que ellos vieron nos adoctrinó a nosotros, lo que oyeron nos enseñó y lo que tocaron nos confirmó y demos gracias a la Providencia divina, a la en cierto modo necesaria tardanza en creer de los Santos Apóstoles. Dudaron ellos para que no tuviéramos que dudar nosotros.

Por eso los días que van, oh carísimos, entre la resurrección del Señor y su ascensión no pasaron infructuosamente, sino que en ellos recibieron su confirmación grandes sacramentos y se nos revelaron grandes misterios. En estos días se nos arranca el temor de la muerte cruel y no solo del alma, sino también la inmortalidad del cuerpo se nos revela. En ellos, mediante el soplo del Señor, reciben los Apóstoles el Espíritu Santo, y al bienaventurado Apóstol Pedro, después de habérsele dado las llaves del reino de los cielos, se le encarga el pastoreo del rebaño del Señor. En estos días se junto el Señor como compañero a dos discípulos que iban de camino, y para disipar la niebla de nuestra incertidumbre, reprende la tardanza en creer de estos hombres asustadizos y amedrentados. Sus corazones iluminados reciben la llama de la fe, y los que estaban tibios, al declararles el Señor las Escrituras, se vuelven fervorosos. Asimismo se les abren los ojos al sentarse a la mesa y partir el Señor el pan. Mucho mas felices fueron los ojos de estos pudiendo

contemplar la glorificación de la naturaleza humana del Salvador, que los de nuestros primeros padres, quienes hubieron de ver la confusión de su propio pecado.

En medio de estos y otros milagros, como los discípulos temblasen sobrecogidos del temor, a pesar de aparecérselos el Señor en medio de ellos y de haberles dicho: La paz sea con vosotros (Luc., 24, 36) para alejar de sus pensamientos la duda que se enroscaba en su corazón (creían estar viendo un fantasma, no un cuerpo), el Salvador demuestra la falsedad de tales cavilaciones poniendo a su vista las señales de la crucifixión de sus manos y pies y les invita a que le toquen y examinen atentamente, puesto que para curar las heridas de aquellos corazones incrédulos habían sido reservadas las huellas de los clavos y de la lanza y así pudiera creerse, no con fe dudosa, sino con ciencia ciertísima, que la misma naturaleza que estuvo en el sepulcro había de sentarse juntamente con Dios Padre en su trono.

Durante todo este tiempo que transcurre entre la resurrección del Señor y su ascensión, oh amadísimos, esto procuro la providencia de Dios, esto enseñó y metió en los ojos y corazones de los suyos, que se reconociese por verdaderamente resucitado al Señor Jesucristo que era el mismo que había nacido y padecido y muerto. Por donde los dichos Apóstoles y todos los discípulos que se habían alarmado por la muerte de cruz y vacilaba su fe en la resurrección, de tal modo fueron reafirmados ante la evidencia de la verdad, que al subir el Señor a lo mas alto de los cielos en vez de experimentar tristeza se llenaron de una gran alegría. Y ciertamente había motivo para gozarse de modo extraordinario e inefable al ver como en presencia de aquella santa muchedumbre una naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las celestiales criaturas, elevándose sobre los coros de los ángeles y a más altura que los arcángeles, no teniendo ningún límite su exaltación, ya que recibida por su eterno Padre era asociada en el trono de la gloria de aquel cuya naturaleza estaba unida con el Hijo. Y puesto que la ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algún día donde le ha precedido la cabeza 29, por todo, alegrémonos, carísimos con dignos sentimientos de júbilo y gocémonos con piadosas acciones de gracias. Hoy no solo hemos sido hechos penetrado lo interior de los cielos con Cristo, alcanzando cosas mayores por In gracia de Cristo, que lo que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el terrible enemigo arrojó de la felicidad de su primera vivienda (del paraíso), el Hijo de Dios, haciéndolos de su misma clase, los colocó a la diestra del Padre, con el cual vive y reina en unión con el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

(San León Magno, Sermones Escogidos, Apostolado Mariano)